

# Nuestras fantasías más íntimas

La Erótica





**Alicia Gallotti**

Nuestras fantasías más íntimas



 Planeta



El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© Alicia Gallotti, 2010  
© Editorial Planeta, S. A., 2010  
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,  
División Editorial del Grupo Planeta  
Ilustración de la cubierta: Shutterstock  
Primera edición en Colección Booket: febrero de 2010

Depósito legal: B. 1.778-2010  
ISBN: 978-84-08-09028-1  
Composición: Pacmer, S. A.  
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.  
Printed in Spain - Impreso en España

## Biografía

Alicia Gallotti, escritora y periodista especializada en sexualidad, colabora en diversas publicaciones femeninas, radio y televisión, siempre abordando diferentes aspectos del erotismo con un enfoque práctico y psicológico. Entre sus últimos títulos destacan *Kama-sutra para la mujer*, *Kama-sutra para el hombre*, *Sexo y Tantra*, *Juguetes eróticos* y *Kama-sutra: las 101 posturas más sensuales*. También ha publicado en Booket *El nuevo kama-sutra ilustrado* y *Placer sin límites*.

Su éxito de ventas a nivel internacional la ha llevado a ser la autora más leída en Portugal. *Nuestras fantasías más íntimas* es su primera obra de ficción.

Más información en: [www.aliciagallotti.com](http://www.aliciagallotti.com)



## Índice

Sin palabras .....	9
Encuentro inesperado .....	55
Promesas incumplidas .....	99
Abriendo los ojos .....	143
Fular de seda .....	189



## Sin palabras

Punto y final. Olga suspiró y todos sus músculos se distendieron. Se había liberado al fin de aquel artículo. La tensión que se había adueñado de su cuerpo desde hacía varios días desapareció en un instante, se había quitado aquella carga de encima que pesaba como una losa. No la dejaba pensar en otra cosa: ni en sus sobrinos, ni en sus amigas, ni siquiera en el sexo.

Había pasado dos semanas frente al ordenador, casi sin salir de su habitación. Sus compañeras de piso le pasaban bocadillos, alguna cerveza y mucho café por la puerta entreabierta, como si fuera una prisionera peligrosa. Estaba encerrada en aquel calabozo de castigo, apresada entre la librería blanca tapizada de libros y DVD, la mesa de trabajo y la cama baja de colchón doble, dueña de sus sueños y gemidos. Parecía una fiera que sólo liberaba tensiones pegándole duro al teclado, para avanzar línea a línea en el reportaje sobre las últimas tendencias en alfombras turcas. En esos momentos odiaba terriblemente su profesión de periodista, el maldito dominical y a su jefa de redacción. En realidad ella era afable, de gesto relajado, pero la tensión la convertía en una fie-

ra. Nada existía en el mundo más importante que el artículo pendiente; estaba irritable y esquiva, se transformaba en una hembra agresiva en defensa de su cría contra cualquiera que la distraía. Sus amigos y su familia ya la conocían, había que dejarla, decían. Cuando ponía el punto y final, aquel *alien* se volvía a meter en las profundidades de su mente y dejaba espacio a la Olga divertida, fresca, seductora, que pasaba el tiempo con sus amigos y regalaba pasiones con la fuerza de sus veintiocho años.

Cuando sonó el móvil y Camila vio el nombre de Olga en la pantalla, contuvo la respiración, apretó la tecla para atender la llamada, pero se mantuvo en silencio, quiso escuchar primero el tono de voz del otro lado. Tenía que saber si su hermana ya había regresado del lado oscuro.

—¡Hola Cami! —casi gritó Olga con una voz potente, limpia y sin tensión.

—¿Qué, Olga? Ya era hora de que aparecieras, cariño —respondió Camila con ese tono distendido de «¡uf, qué alivio!».

—Acabé hace diez minutos y ya he enviado el artículo a la redacción. Estoy de los turcos y las puñeteras alfombras hasta los mismísimos. Oye, ¿cómo están Javi y Fedé? ¿Me han echado de menos?

—Mira, hermana, no sé ellos, pero yo seguro, es que necesito un descanso, no puedo con esos revoltosos todo el tiempo...

—Venga, voy para allá, así os veo a todos y de paso te cuento cositas. Hasta ahora, un besito...

Olga se recogió el pelo que le caía hasta media espalda cuando estaba limpio y sedoso —no como ahora—, se puso los vaqueros que redondeaban su culo respingón, una camiseta verde pegada al cuerpo que realzaba las curvas de sus pechos y unas bailarinas negras. Salió a la calle decidida a recuperar el tiempo perdido. Una brisa ligera contenía el calor de junio. El sol tibio cosquilleaba en su piel. Fue hacia el metro: la gente le parecía guapa y excitante después de tanto ostracismo. Estaba eufórica y sintió las miradas de un par de muchachos sobre su cuerpo como si acariciaran sus pechos. Necesitaba desahogar tanta tensión acumulada.

Bajó del metro en la estación del barrio antiguo, a dos manzanas del piso de Camila. En la calle se cruzó con varios hombres de piel cetrina y mirada intensa que refrescaban su memoria reciente del viaje a Estambul. Había ido a la antigua Constantinopla en busca de información para el artículo de las alfombras. En esa ciudad mágica, los ojos de los vendedores del mercado callejero de Akatlar parecían desnudarla a cada paso. Se sentía deseada, le recordaban al guía turístico de *La pasión turca*, con su sonrisa lujuriosa. El excitante misterio de lo extranjero siempre le daba vueltas por el lado inconfesable de su mente.

En las calles del barrio se mezclaba, como siempre, el olor a fuertes especias de las tiendas árabes con la humedad que se despegaba de las aceras. Subió inquieta la estrecha escalera de caracol, rodeada por la desconchada pared de color tiza y una antigua barandilla metálica con sus graba-

dos gastados por el uso. Ese *subidón turco* había descontrolado el sudor que le pegaba la camiseta a la piel y descargaba un cosquilleo en sus sensibles pezones. Fue una alarma para recordarle que debía llamar cuanto antes a Julio. Necesitaba afecto y, además, la abstinencia también había sido larga.

Camila la abrazó al cruzar la puerta.

—¡Bienvenida a la vida, hermanita! Los niños aún no han regresado del cole. Déjalo todo en la mesa y ven al comedor, que estaba acabando de dibujar el patrón para un disfraz nuevo que me han encargado... Coge un par de cervezas de la nevera...

—Oye, chica, ¡cómo miran los árabes de tu barrio! Más que mirar parece que te desnuden —comentó Olga, todavía con el impacto turco en las venas.

—Esto no ha cambiado. Siempre te penetran con la mirada. Me parece que la que está necesitada eres tú. Llevas demasiados días encerrada y concentrada en tu artículo... Por cierto, ¿cuándo lo publican?

—Supongo que dentro de tres semanas. Saldrá en el dominical, como siempre; pero esta vez le darán diez páginas, por eso tanto trabajo.

—Y el resto, ¿qué? —Camila fue directa al grano.

—Nada nuevo, ya sabes, lo mismo que hace un mes: Julio. La primera noche antes de viajar a Estambul fue espectacular... Es un encanto, está por mí... y en la cama no fue nada mal. Ya sabes, estoy ilusionada...

—Sí, ya... Un nuevo príncipe..., ¿no? ¿Éste de qué color es? ¿Verde? Porque los azules ya los has

agotado todos. —Se rió—. ¡Tía! Eres más enamoradiza que la princesa de un cuento.

—Ya... ¡Pero bueno! ¿A ti qué te pasa? No nos vemos desde hace tres semanas y lo primero que se te ocurre es reñirme.

Las palabras de Olga se apagaron con el ruido de la llave en la puerta y el galope de los niños por el pasillo...

—¿A que no sabéis quién ha venido? —gritó Camila desde la cocina.

Durante dos horas Olga jugó con sus sobrinos. Cargó las pilas con besos, confidencias, risas y montañas de cosquillas. Sólo hizo un descanso: se llevó el móvil al baño y llamó a Julio con cierto aire clandestino para quedar esa misma noche en su piso. Había pasado un mes desde la primera vez y ese reencuentro la ilusionaba, era como volver a empezar.

Cuando el sol horizontal empezaba a quemar el balcón, Olga decidió que ya había cargado las pilas con suficiente afecto familiar y debía ir a prepararse para otro encuentro donde derrocharía energía buscando otra clase de placeres.

Se despidió de Camila y los chicos, y volvió a sentir las inquietantes miradas que la llenaban de excitación disimulada. Algo había en esos desconocidos que despertaba sus deseos prohibidos.

Cuando llegó a su piso sus compañeras aún no habían regresado de trabajar. La casa era suya por un rato. Puso música: las melodías de Pedro Guerra le

parecían tiernas y relajantes. Se desnudó sin cerrar las cortinas de la habitación y fue a ducharse. El agua caía como una cascada sobre su cuerpo. Cerró los ojos y se dejó acariciar por la humedad. El gel morado de lavanda corría como una gelatina suave sobre su piel, y las gotas de agua resbalaban dejando regueros de escalofríos deliciosos. La ducha era su lugar secreto, íntimo, donde se sentía más libre y espontánea, sin vergüenzas ni tapujos. Su mente la llevó a un encuentro fantástico envuelto en vapor. Sintió las dos manos de Julio bajar por su cuerpo, moldeando su cintura, cómo deslizaba la esponja describiendo círculos por el interior de sus piernas, y un aliento tenue sobre su vulva. Sintió cómo los pezones se tensaban por la excitación, un pulgar que invadía su boca y el choque con su lengua, que deseaba lamer. Sintió la yema de un dedo que bajaba por el sendero sensible de su espalda hasta desaparecer en las sombras de sus nalgas anhelantes, y el cuerpo tenso y alerta. El chapoteo del agua protegía los sonidos de su intimidad agitada. El golpe en el pomo de la puerta del baño borró de golpe su ensueño y la dejó turbada.

—¡Hola, Olga! ¿Has vuelto a la vida, chiqui? —Sabina, una de las compañeras de piso, se asomó por la puerta entreabierta e interrumpió el juego íntimo con su proposición—: ¿Esta noche festejamos en casa o tienes fiesta *privada* por ahí? —agregó, resaltando lo de *privada* con un tono burlón.

—He quedado con Julio... ¡A por el tiempo perdido, chica! —gritó Olga con la boca llena de agua tibia y entre risas pícaras, tratando de disimular su excitación.

—Vale, cuando salgas chismorreemos... ¿Tienes para mucho?

—Todavía tengo que depilarme un poco y eso...

Cuidadosa hasta el detalle, Olga pasó los siguientes cuarenta minutos depilándose las piernas y las ingles, repasando los alrededores de su sexo, hasta que quedó tan liso y suave como la piel de una manzana. Salió del cuarto de baño envuelta en una toalla.

Hablaron rápidamente, mezclando temas en la sala y en el dormitorio de Olga, mientras elegía vestido y se guiaba por los gestos de aprobación o desagrado de su amiga. Finalmente se quedó con uno azul intenso, muy corto, que se recortaba irregular sobre sus muslos, con un profundo escote delante y atrás. Iría libre y seductora, se dijo; eso significaba sin sujetador. Las sandalias mostaza le iban bien con aquel bolso informal de tela azul. Luego llegó el turno de los pendientes dorados en forma de lágrima y un colgante también dorado que le envolvía el cuello como a una cortesana de lujo. El chismorreo se mezcló con el maquillaje y un toque informal en el pelo, para evitar que pareciera que se había arreglado especialmente para él.

El piso de Julio tenía una sala amplia, abierta a un balcón despejado frente al parque. Desde ahí se podía contemplar el estallido de un mural vivo de flores: camelias blancas, docenas de racimos de rododendros violetas al lado de una gran mancha amarilla de narcisos y una franja roja —como una herida— de dalias. Un gran jardín a menos de cuarenta

metros de las ventanas. Con el viento llegaban vahos florales frescos y picantes que invadían la sala de la quinta planta. Olga tocó el timbre mientras el cielo se incendiaba en el horizonte. Fue la primera imagen que vio cuando él abrió la puerta. Un instante después encontró la cara de Julio, que invadía el espacio, hasta que los labios se juntaron silenciosos, bebiéndose precipitadamente, con sed atrasada. Boca contra boca; la puerta abierta y ellos ajenos a todo; los ojos cerrados, las lenguas rozándose en cada movimiento, las manos aferradas con fuerza a la carne sobre la ropa, dándole la bienvenida a la pasión postergada.

Poco después, cuando se hizo indispensable respirar y la ansiedad inicial estaba saciada, ella pudo contemplar mejor aquel cuadro de la agonía del sol enmarcada por el balcón, mientras Julio preparaba unos mojitos y hacía sonar en tono bajo el *Sin ti no soy nada*, de Amaral, en su cadena de cuatro altavoces. Él preguntó si pedían unas *delicatessen* italianas para cenar, había un restaurante que hacía comida para llevar a dos manzanas. Ella dijo que tal vez más tarde. Ahora le apetecía tomarse una copa tranquilamente.

Olga lo miró mientras iba a preparar las bebidas: Julio conmovía su profunda alma maternal con esa cara inocente, el pelo rubio, ojos pequeños y fiables, labios finos enmarcando una boca sensual que prometía sinceridad, brazos firmes que estrechaban con la fuerza justa para brindar seguridad y placer. Era un informático despistado que, a tres saltos de los cuarenta, tenía la misma frescura que ella, a dos pasos de los treinta. Pero, sobre todo, jun-

to a él y a pesar de ser sólo su segunda cita, se sentía mimada.

Las primeras penumbras sobre el sofá perfilaron las dos siluetas entrelazadas en un abrazo de cuerpo entero. Olga estaba plena, fantaseaba con ese momento desde hacía días. Disfrutaba cada beso detrás de la oreja y se estiraba para que él llevara sus labios hacia el cuello y los hombros, el roce sobre esa piel sensible hacía que le bajaran todas las defensas, se entregaba sin más. Una de sus manos estaba entretenida en los rizos dorados de la nuca de Julio; la otra quería meterse bajo su camiseta para sentir el calor de la piel de su pecho lampiño. El juego estaba desatado. La cena tendría que esperar.

Las manos de él tampoco estaban quietas, sus dedos delicados y precisos no podían esperar para bajar el tirante derecho del vestido. La bahía del escote se amplió y dejó al descubierto uno de los pechos. La boca de Julio ganaba terreno lamiendo la ruta hacia un pezón que comenzaba a despertar. Ella, cobijada por la oscuridad y envuelta por la música y el aroma floral, cerraba sus ojos y sentía con cada toque una descarga creciente que aumentaba su deseo. Olga se estiró sobre el sofá para estar más cómoda y una pierna quedó apoyada en el suelo buscando equilibrio. Julio avanzó sobre su cuerpo haciéndole sentir el peso del suyo. El vestido levantado hasta la cintura ya dejaba asomar la piel de su pierna torneada, apenas dorada por el sol, y el tanguita blanco traslúcido. Julio besaba el pecho libre como un osezno un biberón de miel, mientras su mano bajaba hasta acariciar el muslo desnudo.

La temperatura subía sin descanso pero con poca prisa. Cada toque provocaba el deseo de otro y otro. Él despegó la boca del cuerpo de su amante para mirarla con sus ojos brillantes y, en el silencio más seductor, anunciarle con sus gestos lo que seguía, necesitaba contemplarla desnuda. Ella lo dejó hacer: primero el tirante y luego la cremallera de la cintura que liberaba el vestido hacia el suelo, convertido de pronto en un arrugado estorbo de tela. El tanguita blanco relucía en la semioscuridad. Él se quitó la camiseta y desprendió los dos botones superiores del pantalón, mientras ella lo miraba recostada. Luego se acercó despacio, frotó su pecho sobre los pezones duros de ella y metió una de sus piernas entre las suyas: su muslo rozó con cuidado los labios calientes e hinchados que ocultaba la tela. Olga suspiraba y cerraba los ojos. Cuando la música acabó, sólo se oían las respiraciones rítmicas de ambos, las manos frotando caricias vehementes, gemidos ahogados de él y algunas palabras entrecortadas de Olga, pidiendo más...

Cuando esperaba sentir el peso del cuerpo de su amante sobre el suyo, él la tomó de la mano para invitarla silenciosamente al dormitorio. Fueron cinco pasos abrazados en los que ella sintió la dureza deliciosa de la erección sobre sus nalgas, los besos en su nuca y las manos sobre sus pechos. Deslizó el cuerpo de cara sobre las sábanas azules y lo dejó hacer. Julio le mordió las tentadoras nalgas y pasó la lengua bajo el hilo del tanga que se perdía entre los glúteos. Con sus manos le abría las piernas. Su cara fue descendiendo hasta la entrepierna para sentir sobre su piel la humedad que le disparaba la ima-

ginación. La tomó por las piernas e hizo que se volviera sobre la cama para que quedara de frente. Olga estaba entregada, a la espera de sentir más placer. Julio empezó a pasar su lengua arriba y abajo para empapar el pequeño trocito de tela blanca que cubría la vulva, hasta que no aguantó más y lo apartó para juntar las humedades directamente en un beso prolongado. Entonces fue todo éxtasis. De pronto ella sintió que los pulgares le acariciaban los bordes de su sexo, mientras la lengua jugaba voluptuosamente sobre el clítoris... Su cabeza empezó a dar vueltas y a entrar en ese túnel sin retorno donde la voluntad se rinde a la fuerza arrasadora del goce total. Fueron segundos prolongados en los que la energía llegó al clímax; aunque no agotó sus deseos. Quería más. Y tuvo más.

Julio se volcó con experta dedicación. Su lengua se alejó del excitado clítoris y lamió con esmero el interior de un muslo, mientras con la otra mano apretaba el otro y el dedo pulgar quedaba estratégicamente cerca de la vulva, para que ella soñara con ese dedo, anhelara su avance hasta tocarla. Sin embargo, él la sorprendió, fue su boca la que volvió otra vez directa a su sexo, para calmar su hambre. La punta de la lengua lamió los labios de la vulva de arriba abajo. La percibía abierta, anhelante. Ella cerraba sus piernas en un gesto reflejo y primitivo para sentir el pelo de él acariciando sus piernas y confirmar que estaba ahí, en el centro justo de su máximo placer, que la hacía gozar, que no era una fantasía. La lengua fue a buscar el clítoris y con habilidad lo rozó de arriba abajo y de un lado a otro como si estuviera pintando un cuadro de la pasión

más arrebatadora. La explosión de éxtasis estalló en la boca de ella, en jadeos y gemidos profundos para expresar su intenso placer.

Él le pidió entonces que se pusiera a cuatro patas y ella, con la docilidad de quien espera un regalo, elevó sus nalgas y bajó el cuerpo sobre la cama. Julio no pudo más y la penetró desde atrás con un suspiro convertido en resuello al dejarse ir. El ritmo fue de menos a más, hasta hacerse incontrolable. Y el roce intenso y vibrante convertido en puro fuego la hizo terminar dos veces antes de que él estallara en un gruñido salvaje.

Luego la urgencia aplacada dejó paso a la imaginación: se tomaron su tiempo de goce constante, cambiaron posturas, inventaron caricias, sumaron orgasmos durante horas, con apenas minutos para mirarse mutuamente las caras relajadas de satisfacción.

Olga se sentía plena y ligera, pero las sensaciones y los sentimientos se cruzaban. No sabía si era sólo sexo o si también se estaba enamorando. Era una sensación conocida: cuando la noche resultaba plena nunca era capaz de distinguirlos. Su confusión se había repetido ya muchas veces. No hubo cigarrillo del después porque ninguno de los dos fumaba, pero sí una copa de zumo de naranja con algunas gotas de ron para matar la sed. La cena italiana quedó para otra noche con menos *hambre*. Hubo pocas palabras. Sólo unas frases tiernas, otras pocas eróticas y alguna broma que sondeaba la profundidad de la complicidad naciente entre amantes nuevos.

Cuando la madrugada amenazaba con amanecer, ella salió del baño vestida, sin maquillaje, el pelo

algo revuelto, plena, cansada. Julio la contemplaba con una sonrisa de satisfacción, estirado, con la nuca apoyada en las manos, desnudo sobre la cama. Así fue a despedirla hasta la puerta del ascensor, con Olga conteniendo una risa ahogada al verlo imitar a un exhibicionista en el pasillo.

Los compases estridentes de un sintetizador se repetían implacables tras cada pausa de tres segundos. Era la una de la tarde y la alarma del móvil zumbaba con un sonido ascendente en los tímpanos de Olga, que lo escuchaba aplastada sobre su cama como quien oye un ruido detrás de tres puertas. A la cuarta no lo soportó más, le dio un manotazo para ahogar la molestia del sonido. Se sentía en ese duermevela donde la realidad y los sueños se solapan y es imposible distinguirlos. Somnolienta y con los músculos deshechos, llegaban a su mente destellos eróticos de la noche anterior. Levantarse le llevó varios minutos. A esa hora tenía la casa para ella sola, las chicas estaban trabajando. Había silencio, y un resplandor templado del sol de mediodía iluminaba la sala. Fue arrastrando los pies hacia la cocina vestida con sus braguitas verdes. Por suerte no había muchas ventanas indiscretas. Sus párpados estaban todavía semicerrados, la boca seca, y por su nariz flotaba un cierto aroma que parecía una evocación de su encuentro nocturno.

Esa mañana no echaba de menos a Julio, como le había sucedido con otros amantes después de noches plenas. Sin embargo, intuía que él podía ser su nuevo *príncipe*. Aprovechó el café que habían pre-

parado sus amigas en la cafetera italiana y le robó a Maite unas galletas de cereales.

Recordó las caricias de Julio sobre su cuerpo y consideró la idea de repetir las cada noche, de tener aquellas manos, aquella boca y aquel cuerpo sólo para ella. Estaba insegura, como siempre. Por un lado la idea de formar-pareja-monógama-con-hombre-ideal la atraía como un vicio irresistible cada vez que se enamoraba *definitivamente* o tenía *síntomas parecidos*. Y eso era más frecuente de lo común. Por otro, un cierto instinto de supervivencia que reclamaba su derecho a la libertad la alertaba desde su interior para frenar ese ímpetu amoroso. Recordó el título de aquella película, *¿Por qué lo llaman amor cuando quieren decir sexo?*, y se lo aplicó a sí misma. Esas preguntas cuestionadoras eran la técnica que usaba su antigua psicóloga cuando quería hacerla reflexionar.

No sabía si el encuentro de la noche anterior había sido un final feliz o el principio de algo incierto que no se animaba a imaginar. En su profesión no tenía complejos. Había aprendido a controlar la inseguridad y a proyectarse por encima de las incertidumbres para crecer y para que los demás la reconocieran. Le quedaba mucho por aprender, claro, pero estaba madurando. Sin embargo, no era capaz de controlar esa maldita y confusa mezcla de sexo y amor que se le aparecía demasiado a menudo con forma de hombre, la hacía dudar. Los afectos en pareja nunca fueron su punto fuerte. Se veía débil, transparente, cada vez que una pasión se instalaba en su cuerpo y ocupaba sus pensamientos. Lo peor era que se sentía expuesta porque no podía disimu-

larlo ante los demás. Eso la enfurecía y le impedía pensar con claridad cuando más lo necesitaba.

Apuró su segundo café negro y se frotó la cara con agua helada para terminar de espabilarse. Tenía un par de mensajes en el móvil. Maite le preguntaba por sus planes para la noche, y Charo, la redactora jefa de la revista, le pedía que la llamara en cuanto pudiera, sin aclarar el motivo. Por un momento sintió un estremecimiento. El mensaje de Charo la desubicó y la llenó de incertidumbre en un instante. La inseguridad atacaba de nuevo y amenazaba con fastidiarle la diversión. Cuando creía que todo estaba acabado y tranquilo, ese mensaje le sumaba una presión inesperada. Seguramente le querían comentar algunos detalles del artículo entregado. O tal vez identificar las fotos... Seguro que sería eso. ¿Por qué no les iba a gustar el artículo? ¿Quizá un error gramatical? El subconsciente la perseguía con la primera duda que apareció en su cabeza... La ansiedad era su peor consejera. Dejaría pasar un par de horas y la llamaría al atardecer, más cerca de la hora de salida, así le daría menos oportunidad para enrollarse.

Preparó entonces un gratificante baño de espuma con gel de flores de cerezo, tal como tenía previsto. Entró en la bañera con el pelo recogido y el paso de una reina desnuda, para desaparecer bajo esa suave *mousse* de jabón aromático. Intentó poner la mente en blanco, disfrutar del silencio y de las imágenes sueltas que llegaban a su mente acompañadas de sensaciones placenteras, apoyó la cabeza en una esponja y se abandonó por completo a los cientos de burbujas unidas que protegían su cuerpo de cualquier preocupación.

Una hora más tarde ya se había recompuesto. Consultó su móvil mientras acababa un melocotón jugoso, lo más sustancioso de su dieta exprés de final de primavera. Otro mensaje de Maite, más que breve y sugerente —«¿¿¿???»— se leía en la pantalla, como urgiendo una respuesta a la pregunta sobre el plan para la noche. Olga tomó la iniciativa y escribió: «*Wapas! Kdams sta noxe xa ximorreo, pizza y peli!, khace mil años q no nos vmos casi?? Muaka*», con copia para Sabina y Patricia. Luego llamó desde el fijo a la editorial, para no demorar más la *agonía*: a ver qué querían...

Mientras escuchaba el sonido de llamada en el auricular, los latidos del corazón se aceleraban a causa de la incertidumbre.

—Editorial Belle Époque, ¿dígame? —respondió la voz de Melisa, una diseñadora nueva.

—Hola, Meli, soy Olga. Por favor, pásame con Charo... —dijo seca y directa, sin dar pie para el diálogo de compromiso.

Un corto silencio y después oyó la voz firme de su jefa del otro lado.

—Hola, Olga, ¿qué hay? —dijo con ese tono de urgencia permanente que los redactores jefes usan cuando tienen que pedir algo—. Mira, ha surgido un tema que es justo para ti, pero tienes que viajar antes de cuarenta y ocho horas...

Olga estaba abrumada y tuvo que cambiar el chip..., así, en un pispás.

Estaba preparada para defenderse de algún error en el artículo de las alfombras turcas, que aún flotaba en su cabeza, no para abrir la mente a una nueva historia, un nuevo viaje, para poner el motor otra

vez a cien, cuando todavía se sentía envuelta en el relax posterior al trabajo terminado.

—Vale —dijo sorprendida pero suelta, sin demostrar sus temores—. ¿De qué se trata, adónde hay que viajar?

—Tienes que entrevistar a uno de los dioses ingleses de la restauración de muebles, Kenneth Winter. Esta semana le entregaron la primera medalla de la BASFRA, ya sabes, la Asociación Inglesa de Restauradores de Muebles Antiguos, algo así como un Oscar para esa gente. Hoy llamó Pati a Londres y consiguió una entrevista exclusiva que tienes que hacer tú en su taller, en cuarenta y ocho horas. Nada, ven corriendo y hablamos. Puedes ahora, ¿verdad?

—Sí, por supuesto...

—Pues eso, ven para aquí, así te lo contamos todo. Tienes todo el día de mañana para buscar en la biblioteca la historia de la familia de ese tío; se ve que pertenece a una dinastía de restauradores o algo así. Hay un par de libros de restauración de muebles ingleses, donde aparece el estilo particular de los Winter, que te pueden servir... Y tendrás que buscar en Internet su biografía. ¡Ah!, el tema de las fotos no está claro. No sé si irá Irene contigo o si tendrás que contratar a un fotógrafo allí. Luego lo hablamos. ¡Chao, chao!

Todavía agobiada por el *ciclón* Charo (se le ocurrió un chiste: «Ahora entiendo por qué en el Caribe a los huracanes les ponen nombre de mujer...»), respiró hondo y tuvo una sensación de fatiga crónica. Quedó tocada tras la llamada. Se le mezclaban las sensaciones, los temas, los pensamientos. Charo había logrado alterarla y descentrarla del todo cuan-

do intentaba volver a su realidad. Hizo un esfuerzo por poner en orden las cosas: vale, el artículo de las alfombras, prueba superada; ahora, a centrarme con la nueva historia: «¡Concéntrate, Olga!...» «¿Y Julio?», la duda cruzó por su cabeza como un enemigo imprevisto. Frenó de golpe. Pero reaccionó bien para tomar una decisión rápida y que parecía la más adecuada. «Por hoy —pensó—, fuera de la cabeza: ya lo llamaré mañana.»

Tomó el bus para ir a la editorial. A esa hora de la tarde el tráfico se ponía como su cabeza, congestionado y desordenado. El aire acondicionado del vehículo la relajó un poco y aclaró sus ideas. Iba de pie apoyada sobre un pasamanos acolchado. El interior de su cabeza era una colmena en actividad. Cuando lograba alejarse de la preocupación del viaje, aparecía Julio otra vez en el horizonte de sus pensamientos. «Pero ¿por qué? —se repetía—. Me gusta, vale, dos citas y todo bien. ¿Demasiado bien? Ya estoy como siempre con mi síndrome de atracción fatal: me estoy enamorando sin conocer todavía sus defectos. ¿Y si discute...? ¿Y si no es sincero...? ¿Y si es aburrido...?, al fin y al cabo apenas hemos tenido dos citas y tres conversaciones...» Estas charlas consigo misma la alejaban a miles de kilómetros del mundo real. Podía pasar de todo a su alrededor y ella sin enterarse. Cuando volvió en sí, tuvo que correr por el pasillo del bus y abrirse paso entre dos mujeres para no pasarse la parada.

Antes de entrar a la editorial recibió los mensajes de sus compañeras de piso para confirmar la propuesta de la noche: pizza, peli y chismorreo.